

que se las tenga en poco si se las ve ocupadas en trabajos manuales? ¿Dónde las que se complacen en ir adornadas y vistidas de una manera superior á su condicion, presentándose en público con tales galas que forman todo su capital? ¿Dónde las que se afanan en pór de la moda, no vacilando contraer deudas para seguirla? Vengan todas esas mujeres á contemplar la vida y las virtuosas acciones de nuestra nobilísima dama. Y si carecen de valor para declarar la guerra al mundo, al lujo y al fausto mundano, aprendan á lo ménos á vestir y á presentarse segun las reglas de la moderacion cristiana. Aprendan de la Santa á temer y huir de la blandura de los sentidos, á reprimir el anhelo desenfrenado de riquezas, y á poner á raya la altivez y el orgullo, que son la principal causa de nuestras ofensas á Dios, y el terrible escollo en que nos estrellamos.

Mas, puesto que mi voz es una débil censura contra el formidable poder de la carne, de las riquezas y de la soberbia, para que mi discurso no resulte infructuoso á los que con tanta benevolencia lo han escuchado, á vos me dirijo, fortísima y victoriosa Francisca; á vos, que durante vuestra vida mortal fuisteis un dechado perfecto de virtudes, y disteis continuadas y admirables pruebas de humildad, de pobreza y mortificacion; á vos, que en todas las pruebas triunfasteis noblemente de los sentidos, de la codicia, del oro y de las asechanzas del orgullo, y ahora disfrutais en el Cielo del premio de vuestras señaladas victorias; sed á todos nosotros maestra de virtudes tan importantes y necesarias á la vida cristiana. Enseñadnos la manera de combatir contra nuestros enemigos, y con vuestras súplicas impetrad del Señor el valor y la gracia que habemos menester para vencerlos, á fin de que podamos todos ser partícipes con vos de aquel bienaventurado galardón, que en méritos de vuestra heroica fortaleza estais gozando en el Cielo. *Amén.*

---

## PANEGÍRICO I DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

---

*Invenitque est in ea vir pauper et sapiens  
et liberavit urbem per sapientiam suam.*

Se encontró en ella un varon pobre y sabio, y este libertó la ciudad por su sabiduría.

(ECLES. IX, 45.)

No es Dios ménos fiel á su Iglesia en unos tiempos que en otros, ni jamás varia el acertado plan que su sabiduría adoptó para confundir la soberbia, y que ella misma nos aclara por boca de Jesús, nuestro Salvador y Maestro, cuando dá gracias á su Padre porque abatió el orgullo y prudencia falsa del mundo, admitiendo á los humildes y sencillos á la revelacion y participacion de sus grandezas. Burló el Criador el primero y más nocivo triunfo de la soberbia con la humillacion inconcebible de su Unigénito; reformó el mundo y edificó luego su Iglesia sobre las ruinas de la Sinagoga carnal, de la Filosofía orgullosa, y de la Idolatria irracional; sirviéndose para ello de humildes pescadores, de pobres ignorantes y tristes desvalidos; y en el siglo trece, reparó el deterioro de este edificio excéso por medio de la pobreza, la sencillez, la humildad, el desprendimiento, la abnegacion absoluta; virtudes reunidas en un héroe, discípulo fiel del Evangelio y viva imagen de su Autor; en un héroe, cuya vida toda hace brillar los grandezas de su Dios; cuyas acciones renuevan sus maravillas; cuyo cuerpo presenta el retrato ensangrentado del Redentor; cuya alma arde en el fuego sagrado que abrasa á los serafines; cuyo corazon abriga la inextinguible llama de la caridad; cuyos sentidos, cuyas potencias, cuyos miembros, todo él, en suma, está crucificado con Cristo... Yo le nombraré, para que no le equivoqueis con Pablo; yo nombraré á Francisco de Asís; y, nombrándole, no temeré parezcan sospechosos en boca de un hijo sus elogios; por que la historia, cuyas páginas llenan las hazañas de su virtud; los sumos Pontífices, cuya autoridad las recomiendan; la Iglesia, que las admira y celebra; las na-



ciones, que cogen todavía los frutos de su celo y piedad: las cinco partes del mundo, que, al cabo de tantos siglos, presentan monumentos indelebles de su gloria; las generaciones, que renuevan la memoria y atestiguan por propia experiencia sus beneficios; el Cielo mismo, con públicos prodigios renovados en nuestra edad y en estos mismos días, convencerán la incredulidad, presentando en el llagado y humilde fundador de los Menores un testimonio irrefragable, un hecho visible, un monumento eterno, que comprueba la verdad del Oráculo divino, y que debe animar nuestra esperanza en los aciagos días que tanto desfiguran y afligen el rostro hermoso de la hija de Sion. *Invenit est in ea vir pauper et sapiens, et liberavit urbem per sapientiam suam.* Yo os doy gracias, Señor, porque habéis revelado á los pobres y humildes los recursos inmensos de vuestra gracia, para vencer al mundo y santificar á sus culpables habitantes; porque habéis confundido y confundireis siempre, por medios tan imprevisitos como eficaces y oportunos, esa vana soberbia, que tantas veces quiso colocar el ídolo asqueroso de la razón humana en vuestro santuario, y apropiarle sacrilegamente la gloria de vuestro nombre.

Francisco de Asís es una prueba visible de esa sublime economía de la Providencia, que, desde los principios, ha elegido lo débil para confundir lo firme, lo humilde para abatir lo soberbio, lo que el mundo aborrece y desprecia para destruir sus ídolos y reformar el espíritu y el corazón del hombre. Tal es, mis amados, oyentes, el plan que he preferido: porque en el mar inmenso de tantas virtudes, en el cielo interminable de tantas gracias, en vano pretendería yo caracterizar á mi gran Padre y Patriarca, buscando una que, particularmente, le distinguiese; porque siendo el objeto y fin único de sus ansias imitar á Jesucristo, crucificándose con Él; habiéndole el Señor concedido tan plenamente este favor; ¿qué virtud no fué en él igualmente heroica que perfecta? ¿qué gracia no fué tan fructuosa como brillante? ¿que don recibió del Cielo que no lo multiplicase? Cinámonos, pues, para compendiar este grandioso cuadro á esas dos solas ideas: Vida de Francisco en Dios por su completa abnegación; Vida de Dios en Francisco por su gloria. En una y otra veremos y admiraremos aquel varón pobre y sábio, de quien el Espíritu Santo nos dijo: que libertaría á su Esposa de todo peligro por su sabiduría.

Imploraremos ántes los auxilios de la divina gracia, interponiendo la mediación de la inmaculada Reina de los ángeles: *A. M.*

Los apóstoles de la incredulidad se atrevieron, no hace mucho, á fijar la época en que el cristianismo acabaría. La impiedad se ha regocijado muchas veces, creyéndose ya á punto de desmentir el Oráculo divino, que anuncia la perpétua duración de la Iglesia y sus gloriosos triunfos contra el Infierno. Sus ciegos deseos no la han dejado ver, que la barca misteriosa de Pedro, mil veces al parecer á punto de anegarse, ha dominado siempre las encrespadas olas de las pasiones, ha burlado los escultos traidores de la política mundana, y el impetuoso huracán del vicio y la herejía; y majestuosamente conducida por la mano de Aquel que la prometió su asistencia hasta el fin de los siglos, lejos de zozobrar, fortalecida y más purificada, ha arrojado de sí las aguas cenagosas con que se pretendió sumergirla. La historia atestigua fielmente esta verdad, de la cual nosotros mismos hemos sido testigos; y una de las más insignes épocas que la confirman, está enlazada íntimamente con la vida de mi gran Padre, y la existencia de sus hijos. La relación, la herejía, el cisma, la discordia y los vicios; el choque entre el sacerdocio y el imperio, siempre peligroso, nunca útil, las más veces igualmente nocivo al trono que al altar, y en todas ocasiones obra de la ambición y del error; traían revuelta y en desorden la Europa, amenazada también del fanatismo musulmán, tan enemigo de la civilización como del Evangelio á quien se debe. El Padre de familias saca del tesoro inagotable de su sabiduría el remedio. ¿Y cuál es? El mismo que opuso á la cuchilla sanguinaria de los Césares, á la faláz soberbia de la Filosofía, y á la dura cerviz de la Sinagoga. Una arena sutil que mueve el viento es el dique invencible que contiene las furias del Océano embravecido, y un hombrecillo, como se llamaba á sí mismo el humilde Francisco, es el que vá á renovar la faz del mundo y los triunfos gloriosos del Evangelio.

Nacido en una ciudad, que su nombre solo hizo luego famosa, medianamente versado en las letras humanas, impelido primero hácia la vanidad, lisonjeado por la naturaleza, la nobleza y la fortuna, engreído con sus prendas naturales y los aplausos del mundo... ¡quién creyera que con tan débil instrumento se había de conseguir lo que el poder, la dignidad y la ciencia pretendieron en vano! Mas la gracia vela sobre este nuevo apóstol, que, por circunstancias maravillosas ha nacido en un establo, como su divino Maestro, cuyo padrino en el bautismo ha sido un ángel, en cuyo cuerpo aparece grabada por una mano divina la cruz que ha de sellar su corazón, cuya santidad es profetizada por un simple, y temida por los demonios. La naturaleza le lisonjea con sus dones, la fortuna con place-



res, la sociedad con aplausos y esperanzas. Nó, no habría sido perfecto su sacrificio, si él mismo no hubiese sabido apreciar lo que inmolaba; mas apenas ha aplicado á sus lábios la copa de Babilonia, cuando rechazándola con desdén, vuelve su corazón á Aquel que le llenará exclusivamente, en quien vivirá siempre, á quien amará más que á sí mismo, más que á su propia vida y que todos los bienes. La gracia le vibra sus saetas; y visiones tan multiplicadas como maravillosas deciden de una vez al nuevo Pablo. Como éste, rinde á los pies del Crucificado sus armas, y le dice: Señor, ¿qué quieres que haga?

El desprendimiento absoluto que le hace odioso á su padre, hasta atraerle la prisión, golpes y una persecucion violenta; la piedad emprendedora, que, sin reparar en medios, le hace dedicarse á la reedificacion y culto de los templos; la caridad ilimitada, que le desnuda tantas veces en público para vestir al pobre; y vence su natural repugnancia para servir, abrazar y aún besar los leprosos; son, aunque tan heroicos, tan solo meros ensayos del amor á su Dios. Al verle á los pies del Obispo de Asís, renunciando solemnemente los derechos más sagrados de la naturaleza, para no depender, no amar, no seguir, no conocer ni llamar á otro *Padre* que á su Dios, creeria que Francisco, á los veinte y seis años de edad, habia cumplido ya aquella regla sublime de perfeccion prescrita á la penitencia: *incende quod adorasti, adora quod incendisti*. Pero, no es ésta para mí la prueba más relevante de la generosa abnegacion de Francisco.

Practicar el bien, aún sin testigos, es solamente ser virtuoso; obrarle, huyendo de la aprobacion y el aplauso, es perfeccion que la Filosofia no conoció, y que solo el Evangelio pudo exigir y conseguir del hombre; conservarse justo, arrojando la persecucion y el odio, es heroicidad cristiana... ¿Qué será, empero, si á esta persecucion y odio se añadieren la desestimacion, el menosprecio y la burla? ¿Qué, si recayeren sobre la juventud, nobleza, sensibilidad y hermosura? ¿Qué, si atacaren la delicadeza y la beneficencia? Pues hé ahí las primeras victimas que Francisco ha inmolado al Señor, abandonando cuanto lisonjaba su amor propio á la irrision y mofa de aquellos mismos que ántes le celebraban.

Los hospitales y los templos son su única morada; la oracion y mortificacion su ocupacion constante; el desengaño de los pecadores y el consuelo de los pobres el objeto de sus ansias; la gloria de Dios el término de sus deseos; y su propia nada la materia de su meditacion continua. Mas, aquella alma verdaderamente de fuego que abraza el amor divino no ha alcanzado su fin. Pobreza, penitencia, ayu-

nos, lágrimas, desnudez, abstinencia, desprendimiento del mundo y de sí mismo, he aquí las sendas por donde busca á su Amado. Tras Él vuela á la soledad; y en la pequeña iglesia de la Porciuncula, teatro algun dia de tantas maravillas, le pide con amorosas ansias se digne revelársele. «Si quieres ser perfecto, se le dice, vende lo que tienes, dalo todo á los pobres, y luego rén y sigueme.» No se detiene este jóven, no titubea como el del Evangelio, porque decidido á vivir y morir con su Dios, nada le ocupan los vivos ni los muertos de este mundo.

Al verle vestido de una túnica grosera, descalzo, macilento, ¿quién creyera, que el mundo mismo, que así le despreciaba, tardaria poco en enmudecer pasmado en su presencia; que las naciones, edificadas, le llamarian; que la Iglesia y sus príncipes fijarian en él sus ojos para tributarle respetos, escuchar sus doctrinas, consultar su dictámen, honrar su desnudez, recibir sus consejos, elogiar sus virtudes, imitar sus ejemplos, pedir su intercesion, y admirar sus milagros? Apenas en la iglesia de S. Damián se le explica el oráculo evangélico que oyó su espíritu en la Porciuncula, el mismo que llamó á Antonio en la Tebaida para poblarla con los imitadores de su espíritu: «no lleveis oro ni plata, ni saco, ni dos túnicas, ni sandalias, ni báculo: si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dáselo á los pobres»; cuando, embriagada su alma en alegría, exclama: esto es lo que yo busco; esto es lo que desea y llena mi corazón. El Evangelio sin gloria, hé aquí el método de vida que propone á sus hijos y la regla que adopta.

Poco es para Francisco haber sacrificado á su Dios su corazón y espíritu; el fuego que le abraza busca pábulo á un amor insaciable; y como Jesús, no lo halla suficiente si no logra incendiar el universo: Ancona, Asís, Emilia, el valle de Espolcto, son los primeros teatros de su celo. Y maestro de perfeccion cuando él mismo apenas se creia principiante; presenta el espectáculo más asombroso que la Iglesia ni el mundo habian visto desde el nacimiento del cristianismo; hombres que adoptan la desnudez, la pobreza, y el abatimiento por gloria; la renuncia de todo bien terreno por única posesion; la privacion absoluta de todo recurso humano como medio de perfeccion; y en una palabra, el Evangelio con sus consejos por regla rigurosa é invariable: personas de toda complexion, estado y calidad, que emprenden bajo la direccion del humilde Francisco ese método de vida, que forma un martirio dilatado, en que el mundo no ve más que la ridiculez y el oprobio, cuyo instituto se mira como el exceso de la temeridad, y su observancia constante como un milagro continuo.



En vano la naturaleza abatida se estremece á vista de tanta austeridad; la prudencia suscita y pondera obstáculos; la autoridad, recelosa, examina, observa, titubea; el Cielo se declara con milagros; y en un siglo de corrupcion é ignorancia, aparece un nuevo apostolado. El Vicario de Jesucristo aprueba á nombre de éste, y por us mandado expreso, lo que la sabiduría de la carne reprochaba á nombre del mundo y á favor del Inferno.

¡Qué vasto teatro se abre aquí al celo de Francisco! Su amor á Dios no le deja ver lo grande de los obstáculos, ni lo agigantado de la empresa, y ni siquiera examina sus fuerzas. Cuenta con Dios, vive solo para Él; y si muriese en la lucha, coronaría sus deseos y su triunfo. Pero, Francisco, advierte, que el estudio no te ha enseñado á manejar las armas de la elocuencia; que vés á herir la vanidad opulenta, engreída y poderosa; que tu pobreza previene contra tí; que la mendicidad provocará la desconfianza y el oprobio; que tus compañeros y discípulos, humildes, desconocidos, y el mayor número ignorantes, son débiles apoyos. ¡Ah! si estas dificultades valiesen algo en un pecho cristiano, el Salvador no dijera á sus apóstoles, que no escogiesen palabras para anunciar sus verdades, ni el Evangelio hubiera abatido el orgullo de la Filosofía y triunfado del poder de los Césares. El Patriarca de los pobres dice: *si Deus pro nobis, quis contra nos?* Hé ahí el grito de guerra, hé ahí la voz de alarma, que, apenas articulada en un rincón de Italia, resuena en los cuatro ángulos del mundo, y en todas partes atrae victimas á la penitencia, profesores al Evangelio, soldados á la Iglesia. Emilia, Arezo, Florencia, Roma, el Piemonte, España, Portugal, la Alemania, la Francia, á Inglaterra, tienen ya raíces y frutos de aquella palma misteriosa, que anunció al pontífice Inocencio III la grandeza futura de esta pequeña grey. Ni los fragosos Alpes, ni el helado Apenino, ni el alto Pirineo, ni el inmensurable Océano, ni el Mediterráneo borrascoso contienen su fervor; ni los herejes, ni los infieles, ni los bárbaros, ni los tiranos le arredran... Francisco solo ve á Dios, solo con Él consulta, y desaparecen los obstáculos. Su amor no quiere defensa; desprecia las armas, insulta á los peligros, se ríe de la muerte; mas en ese momento mismo en que su valor glorioso pasma y sorprende al universo, abatido por la consideracion de su nada, exclama y dice á sus hijos: Comencemos, porque hasta ahora poco ó nada hemos hecho.

Humilde en el cúmulo de los honores; pobre, elevando tantos santuarios, asilos de la piedad y de toda virtud; abstraído en medio de las córtes y las bendiciones de los pueblos; súbdito, gobernando tantas provincias; recogido, cuando su nombre vuela por Italia, pene-

tra en España, y discurre por el Asia... ¿qué piensa de sí mismo? Oídle clamar con el Apóstol: nó, yo no veo, no busco, no pienso, no quiero otra cosa que á Jesús, y éste crucificado. Tan inútil se juzga sobre la tierra, que el martirio, su sangre, es el obsequio único que piensa puede hacer al objeto eterno de su amor. Solicito le busca por cuantos veces; pero el Cielo no le admite, porque exige de él más grandes sacrificios; ¿y á qué tanto afán por derramar su sangre? Francisco, la muerte es poco para tu amor, y ménos para lo que se promete Dios de tí. La espada del tirano terminaría con un golpe tus padecimientos, tus méritos y tu vida, y el Amado no se daría por contento. Te reserva para que, sosteniendo el honor de su Esposa, pelees las batallas del Señor, confundas la herejía, destruyas el vicio y, al fin, caigas oprimido por los impulsos del amor y el peso de los laureles. ¡Ah! si Pablo decía, que ya no vivía por sí, sino en su Amado, ¿Francisco no podía decir lo mismo, y añadir, que no solo vivía en Él y para Él, sino que gustosamente renunciaba al descanso y á la gloria que el martirio podía proporcionarle para dilatar este martirio mismo, para identificarse en la cruz con su Amado, para... basta; yo me dilato, y con todo sé, que para los que conocen al Serafin llagado digo poco; para los que no le conocen, si es posible que haya quien no conozca este portento de la gracia, digo demasiado; porque el tiempo no me permite, ni alcanzarían muchas horas para aclarar debidamente cada una de esas ideas.

¿Y quién supo mejor que él templar en la frágua del amor divino la proporcion exacta, el medio justo, que condenando los excesos, conserva á la virtud toda su fuerza? Humilde, sin dejar de ser fuerte, íntima á los grandes de la tierra sus deberes, como al conde Orlando, á Oton, á Federico emperadores, y al sultan Saladino, en el instante mismo que se confiesa siervo inútil, que publica en presencia de sus mismos hijos sus defectos, y, teniéndose por inepto, rehusa el sacerdocio, y renuncia repetidas veces el gobierno de su Orden. Dulce en su trato, es más que un superior una madre compasiva, que atrae y consuela, que disimula y perdona al hijo extraviado, sin que por eso deje de reprender al relajado y discolo. Abstraído por las dulzuras en que la union con su Dios le extasia, no por eso olvida los deberes de Marta, buscando con ansia alivio al prójimo, decencia al culto y desengaño al pecador. Simple y sencillo en sus discursos hasta ocultar el fuego de su imaginacion, la penetracion de su talento y la cultura de su espíritu, no por eso deja de manifestar su sabiduría y doctrina, su prudencia y política, unas veces exhortando y dirigiendo otras, persuadiendo ahora y luego castigando; ya al de-



fender delante de los principes las verdades de la fé y los derechos de la Iglesia; ya sosteniendo con entereza y cópia de razones en presencia de los Obispos, Cardenales y del Pontífice mismo, la santidad de su profesion evangélica; bien sea cuando instruye á sus discipulos con preceptos, ejemplos, escritos y discursos; bien cuando asombra á los siglos con instituciones, cuya conservacion y permanencia atestiguan, tanto la penetracion sublime de su espíritu, cuanto la asistencia particular con que Dios guía, favorece y corona su celo por los intereses de la Iglesia.

Pero, hermanos míos, yo confundo la humildad y abnegacion de Francisco con sus glorias. ¿Y quién podria separarlas, cuando el mismo Dios se empeñó con tanto esmero en corresponder á cada humillacion de mi gran Padre con un dón visible de su diestra; cuando, para confundir la vana sabiduria y prudencia de la carne, dió por premio á esta generosa y completa abnegacion la revelacion y participacion de sus grandezas? Si Francisco se ha empeñado y consiguió no vivir sino en Dios y para Dios, Dios ha completado su deseo uniéndole á sí de tal manera, que su gloria toda vive y resplandece en él. En ambos casos él es aquel varon pobre y sábio, que defiende, ilustra y engrandece la Iglesia por su sabiduria.

No hubiera hallado un digno panegirista Pablo, si la Sabiduria divina no hubiese formado para este fin un Crisóstomo; ni Francisco fuera elogiado dignamente si un hijo, heredero de su espíritu, promotor de sus virtudes, imitador de sus ejemplos y doctor de la Iglesia, no se hubiese encargado de diseñar el cuadro de sus grandezas. Nadie mejor que Buenaventura pudo darnos una idea de la profusion generosa con que Dios le prodigó sus dones. En su siervo Francisco, dice el doctor Seráfico, apareció la gracia de Dios nuestro Salvador para confundir la impiedad y vanidad del siglo. Llámale estrella de la mañana, que ilumina con su doctrina; Precursor, nuevo Elias, Ángel de la verdadera paz, semejante á aquel otro de quien nos dice San Juan, que llevaba en sí la imágen del Dios vivo. Á poca costa llenaria yo mi objeto, y con más perfeccion, si me fuese dado copiar los rasgos con que este hijo de su espíritu y honor de su familia nos le pinta. Pero en los que he citado encuentro los necesarios para hacer ver en Francisco la imágen viva de la Sabiduria eterna, de Jesucristo mismo, que en él se ha transformado, y ha venido á morar con su Padre, para pagar su amor y engrandecer su Iglesia.

¿Por qué medios, con qué armas hacen la guerra á Jesús y á su Esposa la impiedad y vanidad del siglo? Minando los cimientos de aquella autoridad visible, depositaria infalible de la verdad... más

claro: separando á los fieles del centro de la unidad, que es el Papa, el Vicario de Jesucristo, el Obispo de Roma. ¿Y quién más celoso que el Fundador de los Menores en condenar esa impiedad? En todas sus empresas vuelve á Roma los ojos, coloca á sus hijos bajo la autoridad y proteccion de la Sede eterna y santa, los liga á ella con toda clase de vinculos, quiere que á solo ella recurran y obedezcan; en una palabra, que existan por Pedro y para Pedro, ó que no existan.

¡Oh leccion tan necesaria como útil en todos tiempos, y, singularmente, en el nuestro! ¡Oh ejemplo hereditario en los hijos de Francisco, que forma y formará su mayor gloria! Enseñólos su Padre; ¿y cuándo no observaron su doctrina? ¿qué guerra se suscitó á la Iglesia en la cual sus plumas, sus corazones, su sangre no estuviesen al servicio y defensa del Romano Pontífice? ¿qué error levantó su cabeza contra él, que no contase primeros enemigos á los hijos de Francisco? Para no hablar de otras, y porque ninguna hubo ni tan tenaz ni tan astuta, esa secta hipócrita, aliada de la impiedad, que hace años indispone entre sí el sacerdocio y el imperio, para derribar con más seguridad los tronos y el altar; ¿de quién recibió los primeros y más terribles golpes? Díganlo las Universidades de Lovaina, la humillada Sorbona, y la célebre Escuela Complutense, que se gloria de ser hija de un hijo de Francisco.

¿Quién no ve en esta adhesion al centro de unidad, tan recomendada por Francisco á sus hijos, uno de los rasgos más sublimes de aquella celestial sabiduria que le iluminaba, y obligó á Buenaventura á llamarle Estrella de la mañana por su doctrina? Jamás la filosofia orgullosa, es verdad, le hubiera llamado sábio, porque su soberbia no la deja penetrar la distincion evidente que existe, y que S. Pablo establece entre la sabiduria y la ciencia: *alii datur sermo sapientie, alii sermo scientie*; y que S. Agustin explica diciendo, que la ciencia es el conocimiento de las cosas humanas; pero, que la sabiduria es el conocimiento de las cosas humanas y divinas, reunido y ordenado con el estudio y práctica de la virtud. ¿Y á qué grado no se elevó este conocimiento en el Serafin llagado? Díganlo el *Apólogo* perfecto, segun todas las reglas, que formó ante el Papa Inocencio para alcanzar la aprobacion de su Regla, y defender y hacer interesante y amable la pobreza; díganlo sus *Cánticos* llenos de rasgos fogosos, patéticos y vehementes; díganlo sus *Cartas* á los monarcas, obispos y hombres de toda clase y condicion; díganlo sus *Admoniciones*, su *Regla* y *Testamento*; sus *Oraciones*, su *Paráfrasis* del Padre nuestro; sus *Colaciones*, sus *Apologmas*, sus *Coloquios*, sus *Sermones*, sus *Sentencias*, su *Opúsculo de las diez perfecciones*... ¡Cuántos dijeron y es-



cribieron ménos, y no tan bien dicho, ni tan bien escrito, ni tan útil, y se alzaron y conservan con el nombre de sábios y de autores! Pero donde su sabiduría, su penetración de espíritu, no solo brilló, sino que se perpetúa y conservará siempre, es, sin duda, en esa institución religiosa y altísima, cuya alabanza omitiría, por no parecer parcial é interesado, sino hallase panegiristas entre nuestros mismos enemigos, que son los de la Iglesia.

¿Quién pudo imaginar posible la creación y permanencia de una milicia, que, sin más salario ni posesión que la pobreza, sin más armas que la humildad, sin más apoyo que el de la virtud, llenase el mundo con la rapidez misma que admiró Tertuliano en la propagación del cristianismo, se conservase al través de los siglos, sin perder nada de su antiguo vigor, creciendo en robustez con la edad, fortalecida con la persecución, más poderosa cuanto más abatida? Pues hé ahí el Orden de los frailes menores, tan fecundo en varones eminentes en ciencia y en virtud, tan identificado con el Evangelio y con la Iglesia, tan vigoroso y lozano al cabo de tantos siglos. ¿Cómo he de citar yo, ni aún en compendio, sus servicios á la Religión y al Estado? ¿Cómo he de enumerar sus cardenales, sus obispos, sus doctores, sus héroes? ¿Quién reducirá á guarismo sus mártires y santos? ¿En qué género de gloria se distinguieron los hombres que no presenten portentos?

En medio de tanta gloria un espectáculo asombroso fija mi imaginación. La Europa Cristiana, diez veces se precipita armada sobre el Asia, para arrebatársela al musulmán fanático y valiente la presa sagrada, que la perfidia griega y la discordia latina le cedieran. ¡Ay! en vano se derramó tanta y tan ilustre sangre. La conquista de los Lugares santos de nuestra Redención, su conservación permanente, su culto fervoroso, ¿quién los logra, á quién se deben? Á aquel hombrecillo humilde, que, con la libertad misma, reconviene á los Cruzados por sus desórdenes; que á Saladino, á quien por su crueldad y errores le predica y hace conocer á Jesucristo, solicitando de él con ansia su conversión ó el martirio; y si no alcanza lo segundo, y lo primero está en duda, es evidente que el Señor ha premiado sus deseos; porque como á Abraham y Calab, le ha hecho ver por sus ojos la tierra apetecida que ha de dar á sus hijos. No tardaron en poseerla, y hasta el presente la conservan.

Yo me extendiendo demasiado, y tal vez me distraigo, y nada he dicho aún debiendo decir tanto, de la inteligencia superior de Francisco en las Santas Escrituras, del don de profecía, de sus éxtasis frecuentes, de la eficacia de su predicación, de su trato familiar con los santos

apóstoles Pedro y Pablo, con los ángeles, y con su Reina purísima; de su poder sobre los espíritus malignos, de la obediencia y amor con que le distinguen, como al hombre inocente, los animales y seres insensibles; mas me atrevo á esperar que estas gracias aparecerán reunidas, porque son inferiores, aunque tan singulares, en el último y más grande favor que le caracteriza entre todos los santos.

¿Cuál de ellos llevó visiblemente en sí la imagen de Jesús? Diga en buen hora Pablo, que vive crucificado con Él, que no vive sino en Él: Francisco le ha imitado; pero pudo el Apóstol, como éste, mostrar en su carne misma á los hombres, impresas, no por humana mano sino por la divina, las señales de sus llagas? Nada, en efecto, faltaba ya á este serafín mortal, tan abrasado en el amor de Jesucristo, tan unido á Él por los trabajos de su cruz y la participación de su pasión santísima, sino llevar en su cuerpo la imagen de Aquel en quien se había ya transformado tan altamente su espíritu. Conducido á la soledad del monte Alverno, como á un dulce Calvario, ó como á un Tabor amargo, suavemente embriagado, y más que nunca, en las dulzuras del amor inefable, entre éxtasis y delirios, con la vista de su Amado transformado en Serafín, recibe en sus pies, en sus manos y costado los sellos mismos de nuestra redención. ¡Oh hombre divinizado! viviendo, imitaste á Cristo vivo; muriendo, te parecerás á Él moribundo; muerto, te asemejarás á Él muerto. ¡Oh prodigio! que, como dice S. Bernardino de Sena, no hallará semejante, ni ántes en la Historia sagrada, ni despues en la eclesiástica.

Triunfa, atleta vigoroso, y entregando tu espíritu, extendido sobre ceniza en la tierra, cubriendo con tus manos la llaga del costado desnudo para vencer de un todo al enemigo á quien desnudo humillaste, sube.... Mas, no; este nuevo Jacob, ni en el momento de la lucha ni en el de la victoria puede olvidar á sus hijos: extiende sus manos sobre ellos, los bendice, y pronuncia aquel testamento grande, que, sin dejarles más propiedad que el Cielo, les lega en la profesión de una pobreza altísima la posesión del mundo. Nada faltaba ya á este humano serafín para lograr su deseo de vivir solo en Jesús; y nada más podía hacer ya su Amado para satisfacerle. Vivía todo en su Dios por el amor, y su Dios vivía en él por la participación de sus grandezas.

Pero la Sabiduría eterna, cuya generosidad jamás se dió por vengida, quiso verificar más completamente sus oráculos, elevándole en el Cielo de su Iglesia tanto cuanto él quiso abatirse en la tierra; uniéndole tanto á sí cuanto él huyó de sí mismo, ensalzándole tanto á los ojos de los hombres cuanto él quiso vivir pobre, oscurecido y



despreciado en obsequio de su Dios. Francisco no puede ya merecer, y su Amado, de día en día, aumenta su gloria con los bienes que por medio de él ha proporcionado y prodiga á la Iglesia. Hoy, como en los días de su vida, nos presenta en él aquel varon pobre y sábio, que defiende, ilustra y engrandece la ciudad de Dios por su sabiduría. *Inventus est in ea vir pauper et sapiens, qui liberavit urbem per sapientiam suam.* Héroes, sábios, prudentes, altaneros del siglo, que miráis la humildad como bajeza, la sencillez como ignorancia, la abstracción como ociosidad, la pobreza como oprobio; venid y admirad los honores acumulados en rededor de este pobre evangélico. Un Pontífice, testigo ocular de sus virtudes, profecías y milagros, panegirista más que juez de sus méritos, le canoniza á los dos años de su muerte; con los cardenales compone el oficio y rezo con que hoy celebramos su memoria. Le llama ángeles, emplea con teson su autoridad y poder en erigirle un templo, en propagar su culto, en solemnizar su traslación; y los años, los siglos que le suceden ven aumentarse estos honores con los que los pueblos, las naciones, la Iglesia, sus Pontífices á porfía le prodigan.

Y vosotros, fieles, aprovechaos de las prodigiosas acciones que acabais de oír; imitad á este prodigio de la gracia en el valor con que despreció las pompas del mundo; aprended á crucificar vuestros cuerpos; para que desasidos del siglo, separados de las criaturas y muertos á vosotros mismos, podais, con el divino auxilio, vivir en Jesucristo acá en la tierra, para vivir eternamente con Él en el Cielo.

*Amén.*

---



---

## PANEGÍRICO II

### DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

*In diebus suis corroboravit templum.  
En sus tiempos fué el restaurador del templo.*

(Ecc. i, 4)

Dios nuestro señor, que crió todas las cosas con un poder admirable, y que las mantiene con una providencia digna de su inmensa sabiduría, há querido manifestar en todos los siglos, que en su mano omnipotente está todo el poder sobre la tierra, que trastorna los reinos, que destruye ó afianza los imperios, y que en Él vivimos, nos movemos y somos. El Señor elige unas veces para estas grandes obras instrumentos débiles, que parecen desproporcionados para el fin á que los destina, como á una Judith para degollar á Holofernes, una Débora para arrollar el ejército de Jabin, rey de los Cananeos, y una Jael para clavar contra la tierra las sienas y el poder del soberbio Sisara. Otras veces se vale su Majestad de hombres extraordinarios y admirables, á quienes reviste de valor, industria y prudencia, para que lleven á efecto sus providencias: como de un Júdas Macabeo para la defensa de su pueblo israelítico; de un Josué para espanto de Jericó, de un Gedeon para derrotar á los madianitas, y de un Sansón para ruina de los filisteos; para que todos conozcamos su poder, temamos sus juicios, adoremos sus disposiciones, obedezcamos á sus preceptos, y esperemos sus recompensas.

Á este modo, carísimos oyentes, podemos discurrir en el orden de la gracia: ¿Á quién no admira ver cómo confunde la idolatría y aterra á los emperadores, que la sostenían con todo su poder; á los sábios, que la defendían con toda su astucia; y á los magistrados, que trataban de mantenerla con todo el rigor é inhumanidad de los tormentos, por medio de unos hombres tan poco proporcionados, como doce pescadores, pobres, rudos, sin el estrépito de las armas, sin el lustre de la nobleza y sin el encanto y brillantéz de la elocuencia?